

EL LICEO DE CÓRDOBA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA Y BELLAS ARTES.

PUNTOS DE SUSCRICION.

EN CÓRDOBA. En la redaccion, calle de Carreteras núm. 23.
PROVINCIAS. En todas las Administraciones de Correos, ó por medio de una libranza á favor del Director de este periódico.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN CÓRDOBA, 15 rs. por trimestre llevado á casa de los Sres. suscritores.
PROVINCIAS, 17 rs. por trimestre franco el porte.
NOTA. Las cartas y reclamaciones no se admiten en la redaccion sino francas de porte.

De las obras literarias del Duque de Rivas.



ARTÍCULO IV.

La produccion de que vamos á hablar en seguida, es el drama titulado *D. Alvaro ó la fuerza del sino.* Puesto en escena por los años de 1855, mereció á la vez grandes elogios y acerbas censuras. Hábalo hecho su autor en Paris pocos años antes como ensayo en el género entonces llamado romántico, y que tan en boga se hallaba á la sazón; vertiéndolo al francés por la misma época su amigo D. Antonio Alcalá Galiano. Con este motivo no podemos dejar de observar cuan pronto ha estado nuestro poeta en aceptar las novedades literarias, y cuanta es la flexibilidad de su espíritu y de su gusto. El *D. Alvaro*, que en el teatro de Madrid fué perfectamente ejecutado por el actor Garcia Luna, y que mereció inequívocos aplausos, fué en Sevilla recibido con escaso favor y tratado sin la consideracion debida á un escritor que en las horas amargas de su destierro habia consagrado sus primeros recuerdos á las encantadas orillas del Guadalquivir; colocado allí la escena de un drama notable; pintado los amores de las ardientes andaluzas, y reproducido la plática chistosa ó grave de los que conversan en los aguaduchos de Triana, y á la sombra de la gigantesca Giralda. Como la instintiva acogida del público de nuestros teatros, fué tambien vario el juicio de los criticos. Eranlo unicameme en aquella época, como en la actualidad, los escritores de periódicos: especialmente los folletinistas. Diverso hubo de ser por lo tanto el dictamen del correo de las damas, del boletin de comercio, de la revista española y del artista. Si las dimensiones de esta publicacion nos lo permitieran, de buen grado trasladariamos ahora alguno de aquellos juicios. El festivo Segovia, haciendo todos los epitetos que cuadran á *D. Alvaro*, censurando el título con el gracejo propio de su pluma, y refiriendo los complicados lances del argumento del drama con cáustica ligereza, deducia que de él no sacaria gloria alguna el teatro español ni la juventud un solo documento moral. Con no menos pasion salia

á su defensa la abeja: mientras el artista juzgaba el *D. Alvaro* obra indefinible, misteriosa, monomania, tipo del drama moderno con sus bellezas y sus defectos, sublime, trivial, religiosa, impia y terrible personificacion del siglo XIX. En dias muy posteriores se ha dicho con mayor imparcialidad, á nuestro ver, que el defecto principal de *D. Alvaro* no depende de sus formas, ni de sus accidentes, ni de sus caracteres, ni de su estructura, enlazada como está con numerosas bellezas de ejecucion, y correspondiente al género que el autor adoptó; sino que consiste en su pensamiento poco moral y cristiano, cuya esencial falta no se compensa con toda la grandeza del caracter universal de *D. Alvaro*, ni con la fama popular de ésta obra dramática.

No descendiendo nosotros á esponer su argumento, como insuficiente y escusada tarea para quien no lee ni ve representar un drama, aceptamos desde luego la opinion de que es muy difícil juzgar bien á *D. Alvaro*; y puesto que hayamos notado en los más de los juicios acerca del tanta parte de exageracion como de esactitud, ni repetiremos que sea un drama singularmente sublime, ni menos la obra de un distinguido ingenio que se propuso adrede disparatar. Nos habremos de limitar por consiguiente á juzgarlo por nuestras propias impresiones. Pasados son ya muchos años desde la época de su primera representacion, y con ellos la moda de los dramas románticos. Poco amantes nosotros de las producciones trágicas y de catástrofe lastimosa, planta como dijimos no muy espontánea en el fecundísimo vergel de la escena española, pero cultivada por todas las sectas literarias, debimos hallar demasiado fuertes muchos pasages de *D. Alvaro*, y estremecernos con tanta muerte innecesaria y forzosa, y lamentar esa cuenta insaciabilidad que habia ennegrecido por un momento una fantasia tan risueña como la del Duque de Rivas. Por la misma razon, el Edipo de Sofocles, modelo de perfeccion del poema trágico, ha escitado mas nuestra admiracion que nuestro agrado; ni en la pintura viva de acaecimientos lastimosos entresacamos por lo comun placer de la conmocion que escitan. Pero esta clase de placer doloroso y amargo, tal vez muy subido de punto, los afi-

cionados á experimentar, no le echarán de menos en *D. Alvaro*. La verdad de lo terrible, de lo deplorable, en él se halla: y el drama, visto ú leído, cautiva la atención y el interés de quien contra él no se halle preocupado. Arguya ó no delicado gusto y organización de buen temple el ser entusiasta admirador de este género de dramas, preciso es confesar que para despreciar á *D. Alvaro* es menester no comprender su elevada poesía.—*La fuerza del sino*, ciertamente, es un pensamiento ímpio y profundamente inmoral, que nuestra santa religión y la sana filosofía condenan. Pero es también una creencia popular; que no solo el vulgo, sino á veces el hombre razonable y culto, precisamente cuando apura el caliz amargo del dolor, y gime bajo el peso del infortunio, acoge y abraza en todos tiempos y en todas las naciones. Las lenguas todas tienen palabras con que espresar esta idea, que es sin duda un error de la humanidad entera. El destino, la suerte, la casualidad, el hado, cuya existencia sancionaba el gentilismo, son esa misma fuerza del sino, que en su más ruda forma de ortografía y pronunciación aceptó el Daque como un recurso eminentemente poético. ¿Y quien negará que lo es? Esa serie de sucesos análogos, que en buen hora la providencia de Dios concilia con la libertad humana, pero que eslabona y conduce á un misero fin, no parecen sino la expresión de su voluntad omnipotente, irresistible y fundadora; y cuando las inclinaciones, los afectos é instintos humanos se encuentran con ella, esta lucha del cielo y de la tierra, de la fuerza y de la impotente flaqueza, es un espectáculo por demás interesante y sensible á los ojos del hombre mismo. Por eso el Edipo (y obsérvese de paso cuán crasa es la equivocación vulgar de llamar romántico al género terrible y altamente trágico) ha conmovido á tantos pueblos, presentado en la escena por tantos poetas. Apesar de reinar otras creencias de ser la edad de Sóocles más poética que la nuestra, la pintura de esa misma desgracia ha arrancado las lágrimas de los franceses, de los italianos y de los españoles: y Séneca, Corneille, Voltaire, La-Motte, Driden, Leé, Forciorolli, Estala y Martínez de la Rosa, han procurado con mayor ó menor resultado imitar ó traducir al trágico griego.

Excusado, pues, y no justificado nuestro ilustre poeta por la adopción de un pensamiento que le cuadraba sobremañera para el género en que quería ensayarse, restanos verle en las formas y pormenores del drama.

PRIMER AMOR.

El vivir es amar: en la vida otro célico goce no existe, nada alegra el semblante del triste, que no liba en la copa de amor;

Nada inflama su pecho abatido, nada encuentra su vista anhelante, nada tiene, si no hay una amante que aligere su acerbo dolor.

Ni la gloria, ni el oro, ni el mundo, desvanecen su tétrico ceño, ni despierto deslanta, ni el sueño le presenta celeste ilusión.

Que el vivir sin amor en el mundo es monótono, triste, angustioso, y hasta el cielo se muestra quejoso del que vive sin tierna pasión.

El destino del hombre en la tierra es amar la virtud, la hermosura, y gozar la inefable ventura que le brinda venusta muger.

Y el que pasa la vida apartado de amorosa beldad peregrina, la venganza provoca divina olvidando halagüeño deber.

Y en castigo á este crimen horrendo se presenta la muerte ominosa, y no encuentra á su lado una hermosa que se vele crespon funeral.

Y desciende precoz á la tumba, para siempre su nombre olvidado, y ni el sauce vejeta á su lado, ni allí posa su planta un mortal.

Mas yo por ventura te vi, niña bella, cual nívida estrella de vivo fulgor.

Cual rosa naciente de vivos colores, cual diosa de amores, cual faro de amor.

Te ví, y desde entonces, huri del oriente, tu faz esplendente en mi se grabó.

Y el crater que oculto en mi pecho elado estaba apagado, volcánico ardió.

Te juzgué, ángel mio, querubin del Cielo, que venias al suelo á darme favor.

Y ante tí postrado, por piedad imploro que enjugues mi lloro, calmes mi dolor.

Te muestras clemente, ¡oh virgen donosa! con mano amorosa me llamas á tí.

A tí, que mi pecho frenético adora... ¡bendita la hora en que yo te ví!!!

L. MARAVER.

UN RONQUIDO!!!

Por los años de 1856 á 57 vivía en Córdoba Enrique de V.... joven recién llegado de la corte, quien obsequiaba á Adela R.... una de las que hacían raya en la población por su belleza singular. Hija de padres asaz severos en asuntos de amor, se encontraba la pobre Adela algún tanto apurada buscando medios de comunicación con el objeto de su cariño; y contribuía no poco á agravar tan desesperada situación la maldita casualidad de no tener la casa en que vivía reja ni ventana baja á la calle, y solo si unos balcones situados á una altura tal, que hubiera abonado el uso de la bocina. ¿Qué hacer en tal conflicto? Era preciso, indispensable, decidirse á toda costa á procurarse el modo de hablar de cerca á su querido Enrique, el cual la apremiaba por otro lado, achacándole á ella la culpa de una falta que ambos sentían, y la tachaba de amante cuando menos tibia, y aun llegaba á creer falsos sus juramentos de amor.

Había en un extremo á espaldas de la casa una especie de pórtico con puerta á otra calle, que había servido en otro tiempo, y cuya entrada por dentro, cerrada siempre, era por uno de los más es-

traviados corrales del edificio. Adela fijó la vista en aquel cuartucho, como el navegante al faro que le indica su derrotero, y á los pocos dias tenia ya en su poder la llave que le franqueaba la entrada en él: y atravesando todas las noches mil riesgos, y esponiéndose á cada paso á ser descubierta por uno de tantos argos como la rodeaban, pasaba en sabrosa plática hasta la venida de la aurora

Si no en la reja sentada
y al pié de la reja-él,
tras la puerta recostada,
y él delante, en el dintel.

Transcurrieron una infinidad de noches, durante las cuales, por el oír de la cerradura y los resquicios de la puerta, se atravesaron mil palabras de entusiasmo y amor, y otras tantas lisonjeras promesas, sin que el mas leve accidente viniera á alterar la envidiable paz de que gozaban.

Una noche, fatal noche, fué Enrique á la hora de costumbre á rondar la calle, y despues de dar dos ó tres vueltas por ella aguardando á que estuviera acostada la familia, llamó quedito á la puerta y todo estaba en silencio sepulcral: repite la llamada esforzando un poco mas la voz, y obtuvo por respuesta el mismo silencio de la vez primera. Era evidente que por cualquier causa accidental no habia podido Adela comparecer todavia á la cita; y se decidió á prolongar su paseo por las calles inmediatas, con el doble fin de hacer tiempo y calentarse algo los pies, que se le habian enfriado por lo riguroso de la estacion. Vuelve impaciente al cuarto de hora y repite la misma escena. Ningun eco responde al suyo. Presta atento su oido, y percibe un ligero rumor, que á no engañarse es de algun viviente que alli está durmiendo. Redobra su atencion, y solo oye mas claro el mismo ruido, que creciendo gradualmente viene poco á poco á parar en un verdadero ronquido... Maldicion! Mientras él habia estado ausente, su querida Adela habia bajado, y al encontrarse sola, y cediendo al cansancio de tanta noche en claro, se habian rendido al sueño sus párpados. Oh! Adela... Adela mia... es verdad que tengo yo la culpa; pero despierta y óyeme; estoy cierto que me perdonarás. Adela... Adelita mia...

Si sabes que siempre grata
suena tu voz á mi oido,
por qué recibirme, ingrata,
con ese eterno ronquido.

Mitiga ya mi penar:
Despavilate, amor mio,
que aqui estoy muerto de frio
escuchándote roncar.

No me oyes, angel mio!... Aqui está tu Enrique arrepentido, que promete no hacerte aguardar jamas un solo minuto, aunque le cueste la vida.. No me respondes?... Nada, roncar y mas roncar.

Pues bien, prosáica mujer,
á tu sino te abandono,
yo te juro, que mi encono
vas muy pronto á conocer.

Y lleno de cólera echó á andar sin direccion fija, agitando en su mente mil ideas encontradas, producto de otras tantas opuestas pasiones que devoraban su interior. Iba ya, por fin, á entrar en su casa, resuelto á no volverse á acordar jamás de la mujer, que de un modo tan atrocemente clásico era capaz de dormirse aguardando la venida de su amante, cuando un rayo de benéfica luz brilló en su al-

ma. No: era imposible que la encantadora *Silfide*, la hermosa Adela, bajo tan bellas formas abrigase un alma tan estúpida. Además, en el tiempo transcurrido desde su conocimiento, ¿no habia admirado él mas de una vez á la par de las gracias físicas sus bellas dotes morales? Sin duda, algo indispuesta, habia mandado á la doncella su confidenta al lugar de la cita para declarar á su querido Enrique el motivo que, bien á su pesar, la tenia lejos de alli; y la bárbara sirvienta era la que en cerduno tono desempeñaba su comision roncando. Consolado por tales razonamientos, y casi seguro de su esactitud, vuela en alas del deseo á informarse de la preciosa salud de Adela. Llega en un momento; y al acercarse á la puerta, doblemente cerrada para él aquella noche, otra vez el fatal ronquido viene á desgarrar su tímpano. Llama, golpea, y nada es capaz de vencer el letárgico sueño de la fámula. ¡Dios mio! qué angustia! no poder saber el estado de gravedad de su ídolo, quien tal vez en medio de su delirio le invoca de corazon, llamandolo á su lado.—Redobra sus esfuerzos, forcejea la puerta: todo es vano.

Ya por fin empiezan á asomar los crepúsculos de la mañana y van á cesar sus ansias. Por fuerza deberá despertar la criada á la hora acostumbrada, y entonces podrá saber él lo que tanto anhelaba. La débil luz de la naciente aurora comienza ya á introducirse por las rendijas de la puerta, y á favor de ella alcanza á divisar en confuso alguna sombra. Va creciendo lentamente aquella, y esta va tomando cuerpo. Como la ostra á su roca está Enrique pegado á la puerta, formando con ella un solo cuerpo, y con indecible agitacion pide al cielo una luz, que tan inoportuna le parecia en otras ocasiones. Aclara por fin la mañana, y.... horrible peripecia!!! la divina Adela, la dormilona doncella, era un enorme marrano de diez arrobas, que, encerrado en la pocilga, dormia á pierna suelta, sin curarse del trájico fin que al dia siguiente le aguardaba; dia solemne, destinado por la familia á proveer la casa de chorizos y morcilla.

A. M.

ÚLTIMO ADIOS.



Adios, angel divino,
adios, prenda querida,
oye mi despedida,
oye mi último adios.

El cielo empedernido
me aparta de tu lado,
y mira despiadado
mi angustia y mi dolor.

El cielo te prodigue
delicias y ventura,
y nunca tu hermosura
marchite el padecer.

Y siempre ante tus ojos
mil placidos amores
te colmen de favores,
te llenen de placer.

Olvida, vida mia,
la idea de tu amante,
no pienses un instante
en que gimiendo está.

Olvida que su amor
es firme cual la roca,
olvida que su boca
te llama sin cesar.

Adios: cedo al destino,
cedo á mi suerte dura,
abrir mi sepultura
sólo me resta ya.

En medio del desierto
mi pecho enternecido
su postrimer gemido
por ti pronunciará.

Acércate algun dia
hasta el sauce lloroso
que con ramaje hermoso
mi tumba cubrirá.

Verás á tu llegada
mis cenizas llamarte,
y ardorosas mostrarte
que aun amandote están.

Aun nos queda, bien mio,
otra tierra mas bella,
ansioso espero en ella
para unirnos los dos.

Alli los Serafines
sabrán nuestros dolores,
alli nuestros amores
benedicirá el Señor.

L. M.

ANECDOTAS.



—Escribiendo un dia *Federico*, Rey de Prusia, al gran *Washington*, puso este sobre: *El mas viejo de todas las generates de Europa, al mas famoso general del mundo.*

—Un hablador quiso que *Socrates* le enseñase la Retórica: este filósofo le pidió doble paga de la que acostumbraba llevar á los demás. El hablador le preguntó la causa, y *Socrates* le respondió: *yo necesito enseñarte á ti á callar, antes de enseñarte á hablar.*

—Entretenianse varias personas de talento en casa de una Duquesa en hablar la diferencia que hay de una cosa á otra. *¿Qué diferencia hay*, dijo la Duquesa, dirigiendose al mas habil de la compañía, *entre mi y un reloj? Señora*, respondió él, *un reloj señala las horas, y vos las haceis olvidar.*

EPÍGRAMAS.



Hablando de la creación
preguntaba D. Javier:

—Por qué para conclusion
dejó Dios á la muger?

—Tuvo razones de sobra,
dijo con flema un poeta,
cuando se hace una obra
lo último es la veleta.

L. M.

A Ines dió un beso Gaspar,
ella un abrazo pidió;

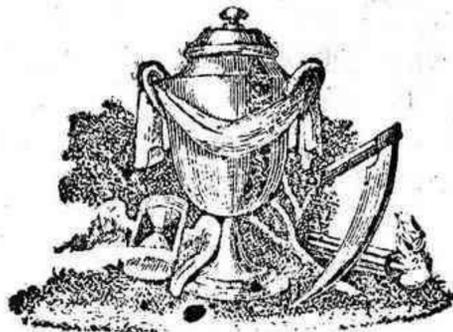
y él la dijo: niña, no,
que es pecado promiscuar.

T. R. DE A.

CRÓNICA.

El dia 13 del pasado dió la seccion lirica del *Liceo de Puente Genil* un lucido concierto, en el que tomaron parte las señoras que la componen, luciendo sus conocimientos harmónicos y felices disposiciones con piezas escogidas y del mejor gusto. La seccion dramática está ensayando *El Mercader Flamenco* y el *Alcalde de Sardinia* ó sea *Los dos Pedros*, que pondrán en escena para la próxima pascua.

—Recomendamos á nuestros lectores *EL SUSPIRO*, periódico de literatura, ciencias, y artes, que se publica en Zaragoza. Sale todos los domingos en dos pliegos de impresion, dando además novelas y excelentes láminas litografiadas. Se suscribe en la redaccion del Liceo á diez y ocho rs. trimestre.



NECROLOGÍA.

Con el mayor sentimiento anunciamos á nuestros lectores el fallecimiento del acreditado escritor *D. Santos Lopez Pelegrin*, conocido en la república de las letras con el pseudónimo de *ABENAMAR*, acaecido á consecuencia de una congestion cerebral. La literatura española ha perdido uno de sus mejores florones, la sociedad un hombre honrado y virtuoso y su familia su único amparo. Fué magistrado incorruptible y funcionario público desinteresado. Cuando el Gobierno le relevó del cargo de Teniente Gobernador de Filipinas, sus amigos tubieron que abrir una suscripcion para pagar su pasage hasta España: si bajo otros muchos conceptos no fuese ya glorioso su nombre, este solo hecho bastaría para recomendarla.

ANUNCIO.

EL JUDIO ERRANTE.

Por Eugenio Sue.

Traducción de D. Wenceslao Aguado de Izco. Edición de lujo por la sociedad literaria de Madrid.

Se ha repartido el 8.º tomo, y está en prensa el 9.º Todos los demas saldrán con rapidez y sin interrupcion.

Sigue abierta la suscripcion en las principales librerías y administraciones de correos á 4 rs. en Madrid y 5 en las provincias por tomo, franco de porte.

Los Sres. suscritores se servirán adelantar el importe del 9.º tomo que está en prensa, si no quieren experimentar retraso.

DIRECTOR Y REDACTOR LUIS MARAVER.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE GARCIA Y MANTÉ,
calle de la Librería núm. 2.—1845.